

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO DE LOS LOBBIES

POR

THOMAS MOLNAR

El otro día, siendo la oportunidad un congreso internacional en Praga, un participante americano, antiguo miembro de la administración de George Bush, caracterizó el gobierno de los Estados Unidos como una «anarquía organizada», anarquía querida y, por decirlo así, planificada. Nada más natural: los padres fundadores eran en su mayor parte pequeños nobles terratenientes británicos, nutridos a la vez del derecho romano y de la ideología de la Ilustración; constituían, además de «élite» de una *commonwealth* comercial y buscaban, ciertamente, la independencia de Londres, pero también una república abierta a la «humanidad», es decir, abierta a la inmigración y al intercambio. En resumen, muchos hijos iban a presidir el nacimiento de la nueva entidad para crear una empresa desde el principio cerrada sobre una sola idea. El ideólogo en jefe de lo que iba a llegar a ser una rebelión, Thomas Jefferson, preconizó una especie de Ciudad Mundial (el antepasado del mundialismo actual), una no-nación, una réplica universal y universalmente válida. Él era, además y lógicamente, partidario de leyes que cambiarían a cada generación, ya que era, en su cálculo político, injusto con respecto a los ciudadanos de un momento preciso ser sujetos de los mismos arreglos de sus padres y abuelos.

Otro pensamiento director que animaba la joven república, pero que después de estas primeras consideraciones no nos asombra, fue la invención de fórmulas que preconizaban a la vez la estabilidad y el movimiento, conforme a la experiencia de lo vivido por la población: las olas de inmigrantes que se instalan en

las tierras que ellos roturan (fijeza) y se ponen de nuevo en marcha para conquistar otras tierras en su expansión hacia el oeste (movimiento). En el espíritu de los fundadores se constituyó, pues, la idea-fórmula de no hacerse prisionero de las *instituciones* (sin validez precisa en las condiciones geográficas, etc.) nuevas, pero dejarse empujar espontáneamente de otros cuadros de organización, más aptos para adaptarse a las circunstancias cambiantes, a la renovación periódica de la población, etc.

Los mismos partidos políticos expresaron esta nueva visión. Mientras que los *tories* y los *whigs* representaron en la vieja Inglaterra dos clases distintas y que se desgarraban entre sí, demócratas y republicanos en los Estados Unidos venían a ser formaciones lo bastante vastas como para acomodar los más diversos grupos de interés. He aquí una fórmula válida para la inmensidad del territorio, la variedad de los habitantes, los problemas surgidos y sin comparación con otros problemas surgidos en otra parte a miles de kilómetros. El país tenía claramente necesidad, y cada vez más, de otras instituciones que las —tradicionales— de las sociedades de Europa, las cuales, justamente, incitaron a la revuelta por su inmovilismo. La Revolución francesa, ¿no estaba ahí para demostrar esta verdad?

Los fundadores estaban persuadidos de que en lugar de poner el peso de la sociedad en las pesadas instituciones, resistentes a los cambios, era mejor alentar las «asociaciones privadas y voluntarias» (admiradas por Tocqueville y Maurras) que poseen numerosas ventajas: su carácter *ad hoc*, su rapidez, sus intereses limitados en el tiempo y en el espacio (su carácter provisorio), su utilitarismo congénito, su colaboración, punto necesariamente inspirado por una ideología cualquiera. El pragmatismo americano, los arreglos (*deal*) fuera del camino trillado, el espíritu activista e independiente del ciudadano que rechaza la intervención de las autoridades, he aquí los argumentos ciertos en favor de los *lobbies*. De manera general, la idea que preside el nacimiento de estos *lobbies* típicamente americanos es esta: hacer de manera que los grandes intereses y las grandes convicciones no lleguen a la maduración sino que se paren antes de dar nacimiento a algo de-

masiado sólido y demasiado duradero. En consecuencia, se desalienta a las Iglesias (prohibidas en sus ambiciones políticas), las ideologías, las convicciones demasiado rígidas, a las universidades, los *carteles* demasiado poderosos, los partidos políticos tentados por el exclusivismo.

Se podría continuar esta lista, ilustrando cada ejemplo el rechazo americano de ideas demasiado poderosas y de individuos (o grupos) fuertes o fanatizables. Se llega así a un *espacio público* que se confunde con lo que es necesario llamar la «sociedad civil», con sus mandamientos y sus prohibiciones múltiples, casi numerados. Una suerte de instinto político preside la elaboración de esta «lista» a la cual se conforma el ciudadano incluso sin darse cuenta, y el nuevo inmigrante que sigue, igualmente sin saberlo, este catecismo. La *salus rei publicae* depende de ello, aunque no haya autoridad designada para imponer las medidas. Siempre en el espíritu jeffersoniano, la permanencia es mal vista, los compromisos entre intereses divergentes son lo más importante y el civismo consiste en el aprendizaje jamás terminado de un cierto proceso: reformar, aportar algo nuevo incluso si el contenido no varía pero el embalaje absorbe la atención, permitiendo la huida hacia adelante, o al menos su apariencia.

El resultado es una *sociedad de lobbies*, frente a la antigua convicción (europea) de una sociedad donde prevalecen las instituciones, símbolos de la estabilidad. Cada uno tiene el derecho, incluso el deber, de poner en marcha *lobbies*, de mantener la sociedad en un movimiento perpetuo, de acoger positivamente los cambios concretos o verbales. Ya sean los debates, poco productivos por otra parte, sobre la significación de lo «americano» o de lo «no-americano», o ya sean los debates sobre el programa de estudios, lo que cuenta es remover las nociones y las cosas, para después olvidarlas, siempre hacia otros horizontes. Repetimos que el contenido es bastante menos esencial que el *lobby* momentáneo que se constituye alrededor de él. El temor es a que no se forme una situación adquirida, temor vano, por otra parte, ya que la incertidumbre producida precisamente por la movilidad ininterrumpida hace que el atractivo de los «refugios» provisionales aumente.

El *lobby* llega a ser en consecuencia el canal número uno en una democracia plenaria. No importa a qué nivel, de los sindicatos, de las empresas, de las Iglesias, de la presidencia misma, cada grupo u organización está comprometida con el *lobbying*, este género de influencia no tiene nada de deshonroso incluso si cada uno sabe que las sumas comprometidas pueden ser exorbitantes y que el mismo proceso es propiamente corruptor. Incluso que es simplemente sinónimo de corrupción. Sin embargo, una neta distinción se produce: la institución, se dice, es generalmente un conjunto de poder, una fuente de corrupción, mientras que el *lobby*, por sus limitaciones en el tiempo y su ambición concentrada a un solo objetivo, tiene la reputación de actuar a descubierto. Más aún, es un garante de la democracia. Por ejemplo, en un régimen liberal-capitalista se entiende que el gobierno, en una palabra, el Estado, se abstiene de toda intervención en la vida de las empresas, al ser la economía y el mercado libres e independientes. Lo contrario sería el «socialismo» aborrecido. Sin embargo, las empresas gigantes, incluso la aglomeración de las más pequeñas, tienen sus propios *lobbistas* titulados que hacen su trabajo sobre los diputados y senadores y sobre la misma Casa Blanca. Además, se habla corrientemente del *lobby* de los petroleros, de la industria del automóvil o de la aviación, del *lobby* judío, del sindicato de los docentes, de agrupaciones feministas u homosexuales, de los propietarios agrarios, de la industria del tabaco. Es a menudo difícil establecer la línea divisoria entre el gobierno y un determinado *lobby* «militar-industrial» (Eisenhower fue el primero en decirlo y luego Kennedy lo repitió, al final de los años cincuenta).

Dos consecuencias se derivan de este estado de cosas, del gobierno por y para los lobbies. Todos quieren estar en él, todos quieren comprometerse en él. De un lado está el impuesto, del otro los gastos del *lobbying*. No es ni siquiera un mal necesario, es la actividad primordial lo mismo que la organización de la venta y de la publicidad, el reclutamiento de clientes o de fieles. El fenómeno es múltiple, se reproduce al nivel de la administración de Washington, de la municipalidad, de la educación y del con-

sumismo. Los obispos actúan como *lobby* sobre el alcalde, sobre los diputados, etc. La otra consecuencia es el proceso en el cual las mismas instituciones, signos por excelencia del conjunto social clásico y cristiano, se transforman en *lobbies*, por lo menos debido a algunos de sus rasgos principales. La característica del *lobby*, lo hemos dicho, es lo provisional, el agrupamiento de los miembros por una causa *ad hoc*, el contrato que estipula las condiciones de éxito. Ahora bien, somos testigos de matrimonio temporal, disuelto «sin razón» como lo admite la ley del divorcio. El matrimonio provisional destruye la vida de familia, la de los niños, su escolarización, su imaginación. Cada semana las así llamadas «investigaciones» están ahí para probar que el niño recibe el contragolpe de lo provisional, contragolpe favorable, indiferente o perjudicial. En materia de religión, lo provisional debilita la fe, la vida del feligrés se transforma en un contrato con Dios, se elige lo que conviene en esta colaboración de los contratantes. La disolución de la permanencia penetra por todas partes como principio de sociedad, no es asombroso que una secta de mujeres y de hombres se enganche a un cometa-OVNI a fin de despojarse de su cuerpo «provisional» e ir a la busca de la «permanencia» extraterrestre. El aborto y la eutanasia son, ellos también síntomas de lo provisional de la existencia, abreviada de igual manera que el matrimonio por el divorcio.

El *lobby*, en tanto que sustituto de la institución, tiene una larga vida delante de él ya que él se corresponde con la mentalidad que gana terreno. La «comunicación» cesa de establecerse entre dos personas, es invadida por la máquina perfeccionada cada día que permite (internet, el fax, los mil usos del ordenador, el *interface*, los mensajes anónimos, la corrupción de los jóvenes, los anuncios de contenidos desvergonzados) la mecanización del alma y de la personalidad. El programa escolar —para volver a él en conclusión— ha perdido su aspecto institucional de permanencia y de cultura, sufre metamorfosis asombrosas, especialmente la que impone a los niños la elaboración por cada uno de un «proyecto». Ahora bien, estos proyectos traducen los intereses y la propaganda de los *lobbies*, privando así a los escolares de su trabajo en co-

mún. Ya no hay más alumno bueno o malo, ya que cada uno se aísla según el proyecto, sin comparación con otro proyecto. Ya no es asombroso que las antiguas disciplinas sean reemplazadas, desde la maternal y la primaria por un proyecto sobre la «historia literaria del lesbianismo», sobre el holocausto, sobre la paz y la eliminación del conflicto, etcétera. Una especie de autismo se impone a cada uno, en nombre del individualismo y del milagro de las máquinas. Esperando que el niño crezca y no conozca más que el aislamiento de su *lobby*, su horizonte estrecho e inhumano.

Más arriba hablábamos de una «sociedad de *lobbies*». Pero conviene ir más lejos. La existencia de *lobbies* como agentes principales entre lo privado y lo público indica una estructura *sui generis* de la sociedad. Incluso sería necesario decir que esta clase de sociedad privilegiada, para el bien y para el mal, la interpenetración del Estado y de los particulares, hasta que la privatización del Estado se realice. Por el contrario, allí donde predominan las instituciones, el Estado permanece a una cierta distancia de la sociedad, ya que institución quiere decir permanencia a partir de grandes ideas directoras en las cuales el carácter provisional del *lobby* es inaceptable. Así, la institución contiene un elemento sagrado, conferido por su origen, el paso del tiempo, y el ejercicio de la autoridad. El fenómeno típico de nuestros días es la metamorfosis de las instituciones en *lobbies*, signo de la preponderancia moderna de la sociedad ante todo mercantil sobre el Estado y su espacio de autoridad limitado.

(Traducción de Agustín Ramos)